

Distribución del ingreso y satisfacción de necesidades esenciales

Enrique Hernández Laos

La satisfacción de las necesidades de alimentación, al igual que la satisfacción de las demás necesidades esenciales, reclama no sólo la disponibilidad y abasto de los satisfactores requeridos por la población; sino, además, que la población tenga los medios económicos para adquirirlos.

A nivel macroeconómico, la posibilidad de traducir las demandas potenciales de la sociedad en demanda efectiva depende no sólo de los niveles promedio de ingreso por habitante, sino también de la forma como se distribuye el ingreso entre los distintos estratos de la población.

Generalmente se afirma que México cuenta con una distribución muy concentrada del ingreso, sobre todo cuando se le compara con la de otros países. Sin embargo, la evidencia estadística disponible muestra que en México el ingreso ha tendido a desconcentrarse en las últimas dos décadas.

Al tomar como base las encuestas nacionales de ingreso-gasto, sabemos, por ejemplo, que el 30% de los hogares con mayores recursos sólo recibió en 1968 el 6.4% del ingreso familiar, proporción que aumentó al 6.8% en 1977 y al 7.9% en 1988. En el otro extremo, el 10% de los hogares con mayores ingresos ha venido reduciendo su participación: del 42.5% que recibió en 1968, pasó al 36.4% en 1977 y a sólo el 33.5% en 1988. Los estratos de ingresos medios han sido los más favorecidos por el proceso redistributivo: el 60% de los hogares con ingresos medios aumentó su participación en el ingreso, del 51% en 1968 al 56.7% en 1977 y al 58.0% en 1983.

Compárense estas proporciones con las existentes, por ejemplo, con Inglaterra a mediados de la década pasada. El 30% de los hogares con menores recursos de ese país recibió el 12% del ingreso familiar, en tanto que el 60% de los hogares con ingresos

medios recibió el 63.7% del ingreso, y el 10% de los hogares más ricos sólo recibió el 34.3% del ingreso. Esta distribución, vale aclararlo, es después de impuestos.

No existen en México encuestas nacionales más recientes sobre el fenómeno distributivo. Sin embargo, la persistencia de la crisis económica, caracterizada por el abatimiento de los salarios reales y por el estancamiento del empleo en el sector formal de la economía, hacen posible pensar que el proceso redistributivo se detuvo de alguna manera en los últimos cinco años, y no es difícil imaginar que bien pudo haberse revertido.

La actualización de una extensa investigación llevada a cabo hace algunos años para COPLAMAR, permite ilustrar la estrecha relación que existe entre la forma como se reparte el ingreso nacional y la magnitud de los déficits de consumo básico de la población.

Partiendo del supuesto de que en 1985 la distribución hubiese sido igual a la registrada en 1983 —supuesto bastante plausible por lo demás—, puede afirmarse que si todas las familias mexicanas hubiesen consumido en ese año justamente lo necesario para cubrir sus necesidades básicas en materia de alimentación, educación, cultura, recreación, transporte, comunicaciones, vestido, calzado, salud y uso de vivienda, el consumo nacional habría sido menor del que para ese año registraron las Cuentas Nacionales, y habría quedado un remanente del 28% del ingreso nacional.

El problema, por tanto, no es el de una cuantía insuficiente del consumo nacional en términos absolutos, sino de la forma como éste se distribuye entre los hogares mexicanos. En efecto, el consumo del 10% de los hogares con menores ingresos sólo representó el 33% del consumo básico requerido

para satisfacer sus necesidades esenciales. En el otro extremo, el 10% de los hogares con mayores ingresos efectuó un consumo 408% mayor que el considerado básico. Estimamos que alrededor del 50% de los hogares del país no alcanzó a cubrir, con su ingreso el costo de los satisfactores esenciales, en tanto que los hogares más ricos gastaron en consumo cuatro veces más de lo que se considera esencial: buena parte de su consumo es suntuario.

Si además de los gastos de consumo se incluyesen en el cálculo las inversiones necesarias para proporcionar a toda la población la educación básica, el cuidado de la salud y la construcción de las viviendas faltantes, el país hubiese necesitado producir una cuantía adicional de bienes y servicios equivalente al 90% del tamaño de toda la economía mexicana en 1985. El mayor esfuerzo productivo se habría dirigido —vale aclarar— a cubrir los requerimientos de construcción de viviendas, necesidad en la cual los rezagos son de enormes proporciones.

La magnitud del problema, visto en términos macroeconómicos señala la importancia de diseñar una estrategia de mediano y largo plazo para satisfacer las necesidades esenciales de toda la población. De acuerdo a proyecciones de CONAPO, para el segundo quinquenio del siglo XXI el país registrará una población de 110 millones de habitantes. La proyección de lo que significaría cubrir las necesidades básicas de una población como esa, tanto en bienes de consumo como de inversión, permite trazar algunas de las características de la estrategia de largo plazo para lograrlo.

De no alterarse la distribución del ingreso, sólo con un crecimiento económico muy acelerado se lograría que los estratos de menores ingresos tuviesen acceso a los satisfactores esenciales. Estimamos que, de mantenerse una distribución del ingreso fa-



Diego Rivera, *El agua en la evolución de las especies*, 1951

miliar como la que existía en 1983, la economía tendría que crecer entre 1985 y el segundo quinquenio del próximo siglo a una tasa media anual del 7.4%, para hacer posible la satisfacción generalizada de las necesidades básicas de la población. En tales condiciones, la producción sería cinco veces mayor que la alcanzada en 1985, y se requeriría de una formación de capital anual siete veces mayor que la actual. No hay antecedente, en la historia reciente del país, de que esa tasa de crecimiento económico fuese viable en el largo plazo, por no mencionar las implicaciones políticas y sociales que acarrearía la continuación —y magnificación— de las desigualdades en términos absolutos.

Ello no implica que no sea viable en el largo plazo la satisfacción generalizada de las necesidades esenciales de todos los mexicanos. La alternativa radica en una estrategia que conjugue un crecimiento menos acelerado, pero viable en términos económicos, con una gradual redistribución del ingreso y de la riqueza nacionales: una estrategia que dé prioridad al consumo social a expensas del consumo privado, y que se oriente hacia la producción de bienes y servicios esenciales a expensas de los lujos.

Los ejercicios de prospectiva sugieren que, si para finales de la primera década del siglo XXI, el país tuviese una distribución del ingreso —después de impuestos— como la existente en Inglaterra a mediados de la década pasada, bastaría para el país una tasa de crecimiento económico del 4% anual para cubrir las necesidades básicas de toda la población, siempre y cuando estuviese acompañada de una profunda reordenación del aparato productivo nacional.

En los próximos lustros, la inserción de Méxi-

co en la nueva división internacional del trabajo que se está gestando, reclamará de una industrialización selectiva capaz de competir en los mercados externos, con base en productividad y eficiencia. Sabemos que es el requisito para resolver los problemas del sector externo de la economía. Sin embargo, ello no deberá impedir la incorporación de la creciente fuerza de trabajo en empleos remunerados, una mayor participación de la fuerza de trabajo femenina en los procesos productivos, y la generalización de las oportunidades educativas a toda la población, requisitos todos ellos para acelerar el proceso redistributivo del ingreso en el largo plazo.

Deberá fortalecerse, además, la ampliación del mercado interno, mediante el mejoramiento de los salarios reales, y revertir las seculares transferencias de capital aportadas por el sector agrícola al industrial, aumentando los ingresos reales de los campesinos. Se requerirá, asimismo, del fortalecimiento selectivo de la política social del Estado, para cubrir, por la vía no mercantil, proporciones cada vez mayores de los déficits en alimentación, educación, salud y vivienda. Se requerirá en fin, orientar una parte importante del aparato productivo nacional hacia la satisfacción de las necesidades básicas de la población.

Una nueva sociedad, un proyecto de nación, en el cual la totalidad de la población tenga acceso al uso y disfrute de los satisfactores básicos reclamarán en los próximos lustros, de un crecimiento económico no necesariamente a tasas elevadas, si aunado a éste se llevan a cabo transformaciones graduales en la estructura de nuestra producción, del empleo y del ingreso, basadas en una nueva y audaz estrategia cuyos únicos beneficiarios seamos los mexicanos. 